

LA FILIACIÓN DE CRISTO EN EL EVANGELIO DE MATEO

Luis Sánchez Navarro

Facultad de Teología San Dámaso, Madrid (España)

Desde su comienzo el primer Evangelio aborda la filiación de Jesús: «Libro de la generación de Jesús Cristo, hijo de David, hijo de Abraham» (1, 1). Mateo abre su relato con una genealogía, el *séper tôledôt* de Jesús¹; con ello aborda una cuestión fundamental: ¿de quién es hijo Jesús Mesías? Esta pregunta, pese a recibir respuesta ya en los primeros capítulos, va a recorrer toda la narración evangélica, que culminará en la solemne formulación trinitaria de 28, 19.

Para nuestra exposición, tras presentar la doble filiación de Jesús, recorreremos el relato evangélico para percibir su relevancia narrativa; luego intentaremos comprender cómo presenta esta filiación el Evangelio de Mateo.

I. UNA DOBLE FILIACIÓN

«[...] Y Jacob engendró a José el esposo de María, de la que fue engendrado Jesús, el llamado Cristo» (1, 16). Este versículo conclusivo de la genealogía condensa el misterio de Jesús, su doble filiación². El hombre Jesús ha sido engendrado *de* María *por* Dios, tal como manifiesta el pasivo divino³; los versículos 18 y 20 de este primer capítulo confirman ambos extremos. El origen de su humanidad es doble.

1. La expresión βίβλος γενέσεως (ספר תולדות) procede de Gn 5, 1; cf. también Gn 2, 4.

2. Cf. É. Cuvillier, «Filiation humaine et filiation divine: Jésus Fils dans l'Évangile de Matthieu»: *Revue d'éthique et de théologie morale* 225 (2003) 69-86. Se ha indicado que en el Medio Oriente antiguo la doble paternidad (humana y divina), según la cual un rey o un héroe heredaba del padre humano la dignidad social mientras se afirmaba su filiación divina, no era un hecho desconocido: C. H. Gordon, «Paternity at Two Levels»: *JBL* 96 (1977) 101.

3. W. D. Davies-D. C. Allison, *The Gospel according to Saint Matthew*, I, Edinburgh 1988, 184-185. Sobre el pasivo divino, ver J. Jeremias, *Teología del Nuevo Testamento I: La predicación de Jesús*, Salamanca 72001, 21-27.

Como hemos indicado, Mt comienza afirmando que Jesucristo es «hijo de David, hijo de Abraham». Su filiación humana se remonta al patriarca Abraham; los quince versículos siguientes nos informan sobre la sucesión de antepasados que define el origen terreno de Jesús⁴. La importancia de este origen para la identidad de Jesús se manifiesta, precisamente, en esta larga genealogía⁵; la autodenominación de Jesús como «Hijo del Hombre» tiene en ella su fundamento innegable. Por lo demás, si bien la expresión «hijo de Abraham» referida a Jesús es exclusiva de este versículo⁶, en el evangelio se le llama repetidas veces «hijo de David»⁷; su filiación humana es clara para Mateo. Nos quedamos con este dato fundamental: Jesús Mesías tiene una filiación humana que configura su identidad⁸.

Pero inmediatamente hemos de completar esta afirmación con dos observaciones. En primer lugar: esta filiación no es una filiación vulgar, sino que hace especial relación a la promesa divina hecha a Abraham (Gn 22, 17) y a David (2 S 7, 12-16). La selección en Mt 1, 1 de estas dos figuras entre todos los antepasados de Jesús refleja la intención de presentar a Jesús como «hijo de la promesa»: aquel ser humano que tiene su origen en una promesa singular de Dios a Israel, promesa que se concentra en dos momentos principales (Abraham y David)⁹. Además: esta larga genealogía presenta en su último eslabón (v. 16) una irregularidad cuya explicación viene dada por la narración subsiguiente; el paso de José a Jesús no se produce mediante la generación humana. Jesús de Nazaret (cf. 21, 11) debe el origen de su humanidad a una intervención directa de Dios¹⁰; de modo que su filiación humana es absolutamente única. De esta manera, la genealogía de Jesús representa la puerta de acceso a otra filiación, de orden trascendente: Jesús es Hijo de Dios.

La apertura de la filiación humana de Jesús a su filiación divina se desprende también del título «Hijo del Hombre». Como tal hace referen-

4. En Lucas la genealogía de Jesús se remonta hasta Adán (Lc 3, 23-38).

5. Se la ha descrito como una «genealogía anotada»: J. Nolland, «Genealogical Annotation in Genesis as Background for the Matthean Genealogy of Jesus»: *Tyndale Bulletin* 47 (1996) 115-122.

6. En Mt y en todo el Nuevo Testamento. En la carta a los Gálatas (Ga 3, 16.29) Pablo muestra las implicaciones teológicas de la filiación abrahámica de Jesús.

7. 9, 27; 12, 23; 15, 22; 20, 30-31; 21, 9.15. Normalmente quienes se dirigen así a Jesús son personas de humilde condición: unos ciegos, la mujer cananea, unos niños; por el contrario los jefes del pueblo no reconocen su dignidad mesiánica: F. J. Matera, *New Testament Christology*, Louisville, KY 1999, 40-41. En 1, 20 el ángel del Señor se dirige a José con esta misma expresión.

8. Notemos que la filiación davídica es legal y no natural. Jesús es hijo de David porque es hijo de la esposa de «José, hijo de David». «Matthew has in mind legal, not necessarily physical, descent, that is, the transmission of legal heirship»: Davies-Allison, *Matthew* I, 185. Acerca de la adopción en la Biblia, ver Gn 48, 4-20; Rut 4, 16-17.

9. Cuvillier, «Filiation humaine et filiation divine», 73, muestra el significado teológico de esta genealogía: en Jesucristo Israel ha de reconocer a su Mesías, ya que en él la historia del pueblo elegido ha alcanzado su meta.

10. Tal es el significado de la concepción virginal de Jesús. Ver Cuvillier, «Filiation humaine et filiation divine», 76-77.

cia a su condición humana; así es empleada de forma característica en el libro de Ezequiel¹¹. Pero considerado a la luz de su principal trasfondo veterotestamentario (Dn 7, 13)¹² es un título que denota un *origen trascendente*. En Mateo el «hijo del hombre» en el sentido con que aparece en Ezequiel (= ser humano) es a la vez un ser celeste que viene entre las nubes del cielo (Dn 7).

La última controversia de Jesús con los fariseos en Jerusalén, acerca de la descendencia davídica del Mesías (22, 41-46), pone en evidencia la verdad y al mismo tiempo la insuficiencia de su filiación humana. Jesús pregunta a los fariseos (22, 42): «¿Qué os parece del Mesías? ¿De quién es hijo?». Le responden: «De David». Jesús sin embargo aduce el Sal 110, 1 («Dijo el Señor a mi Señor...»: 22, 44) y prosigue: «Si pues David lo llama “Señor”, ¿cómo es que es hijo suyo?» (22, 45). Jesús es el Hijo de David; pero esta relación no agota su identidad¹³ sino que representa, por así decirlo, la puerta de acceso a ella, que es determinada por su filiación divina. Notemos que no hay discontinuidad entre filiación davídica y filiación divina. En efecto, Dios ha prometido a David respecto de su descendiente: «Yo seré para él padre, y él será para mí hijo» (2 S 7, 14). La filiación trascendente de Jesús representa el cumplimiento de esta promesa de Dios atestiguada por la Escritura. Jesús, Hijo de David, es Hijo de Dios¹⁴.

Esta nueva filiación, insinuada en la concepción de Jesús por el Espíritu Santo (1, 18.20)¹⁵, se explicita en la segunda «cita de cumplimiento»¹⁶. Allí, por boca de Oseas Dios llama a Jesús «mi Hijo» (2, 15; cf. Os 11, 1)¹⁷ —por vez primera en el Evangelio¹⁸. Este testimonio de la Escritura quedará confirmado por el Padre en el bautismo de Jesús (3, 17).

11. Aparece con este sentido 94 veces; también una vez en Daniel (8, 17).

12. Ver Mt 19, 28 y sobre todo 26, 64. «In Matthew ‘the Son of man’ is a title whose first function is to tell the reader that Jesus is the figure seen in the vision of Dan 7»: Davies-Allison, *Matthew II*, 52.

13. «The ‘Son of David’ —neither the title nor its content is rejected or denigrated— is therefore not an earthly king or David’s simple successor but a descendant of the former king whose destiny surpasses his forebear. Beyond this, Jesus is already, before Easter, God’s Son, in which capacity he is even now greater than David or any son of David»: Davies-Allison, *Matthew III*, 254-255.

14. En el Sal 89, 27 dice Dios acerca de David: «El me invocará: ¡Tú, mi Padre, mi Dios y roca de mi salvación!». Ver R. Di Paolo, *Il Servo di Dio porta il diritto alle nazioni. Analisi retorica di Matteo 11-12*, Roma 2005, 236.

15. De hecho el Evangelio de Lucas hace depender la denominación de Jesús como Hijo de Dios de su concepción por obra del Espíritu (1, 35). En sentido contrario se pronuncia J. Nolland, «No Son-of-God Christology in Matthew 1.18-25»: *JSTNT* 62 (1996) 3-12.

16. Son bien conocidas las diez «citas de cumplimiento» que caracterizan el primer Evangelio; ver F. Belli, I. Carbajosa, C. Jódar Estrella y L. Sánchez Navarro, *Vetus in Novo. El recurso a la Escritura en el Nuevo Testamento*, Madrid 2006, 185-186.

17. Mateo sigue el TM (לְבִנִי) y no los LXX (τὰ τέκνα αὐτοῦ [Ἰσραηλ]). «On pourrait rattacher cette exégèse de celle de Paul dans la lettre aux Galates dans laquelle la promesse d’une descendance (singulier) faite à Abraham est interprétée comme désignant le Christ (Gal 3, 15-16)»: J. Miler, *Les citations d’accomplissement dans l’Évangile de Matthieu. Quand Dieu se rend présent en toute humanité*, (AnBib 140), Roma 1999, 51 n. 66.

18. «Su mención ejerce [...] una función compositiva en el evangelio: remite de antemano a

Notemos que pese a la temprana presentación de Jesús como Hijo de Dios en el «evangelio de la infancia», su doble filiación recorre todo el Evangelio. La revelación de su filiación divina se realiza de forma progresiva: primero para el círculo de sus discípulos, después para todo el pueblo. Sus paisanos de Nazaret consideran a Jesús «el hijo del carpintero» (13, 55); para la gente, Jesús es Juan el Bautista, Elías, Jeremías o uno de los profetas (16, 14), y será aclamado a su entrada en Jerusalén como «el profeta Jesús, el de Nazaret de Galilea» (21, 11). Por el contrario, ya durante el ministerio galileo de Jesús sus discípulos lo confiesan como Hijo de Dios (14, 33; 16, 16). Es necesario tener en cuenta el doble nivel en el que se desarrolla la narración (discípulos-multitudes); ambos planos confluirán en la pasión, cuando Jesús manifieste abiertamente su condición ante el sumo sacerdote (26, 63-64).

II. LA FILIACIÓN DIVINA DE JESÚS EN LA NARRACIÓN DE MATEO

El relato manifiesta la relevancia de la filiación divina de Jesús; no pocos rasgos diferenciales del primer Evangelio están en relación con ella. A continuación presentamos algunos momentos significativos.

Ya hemos mencionado la larga genealogía inicial, prólogo a la narración del nacimiento de Jesús (1, 18-25). Pues bien, en esta narración hallamos la primera cita de cumplimiento: «Todo esto sucedió para que se cumpliera lo dicho por el Señor mediante el profeta, que dice: *He ahí que la virgen llevará en su seno y dará a luz un hijo, y le pondrán por nombre Emmanuel*, que traducido significa *Dios con nosotros*» (1, 22-23). La concepción virginal de Jesús por obra del Espíritu Santo da cumplimiento a la profecía de Is 7, 14. Es generalmente admitida la relación literaria entre esta afirmación del evangelista y las palabras conclusivas del Evangelio: «Y he ahí que *yo estoy con vosotros* todos los días hasta la consumación del tiempo» (28, 20)¹⁹. Jesús resucitado es para siempre el Emmanuel, Dios con nosotros; la gran inclusión con 1, 23 abarca todo el evangelio y manifiesta su sentido último. Pero cabe preguntarse: ¿cómo es posible que el hombre Jesús sea «Dios con nosotros»? La respuesta es: porque es el Hijo de Dios. Su filiación divina está en la base de este cumplimiento de la Escritura que enmarca el Evangelio de Mateo. De hecho, inmediatamente antes de la declaración final se refiere a sí mismo como «el Hijo» (28, 19); toda la narración evangélica ha ido preparando el terreno para esta declaración.

la importante sección 3, 13-4, 11, donde se desarrolla el sentido mateano de la filiación divina. El peso de este preanuncio se refuerza al ser viós el único título cristológico de todo el capítulo 2»: U. Luz, *El evangelio según San Mateo*, I, Salamanca 1993, 178.

19. I. Gomá Civit, *El evangelio según San Mateo*, II, Madrid 1976, 721; Luz, *El evangelio*, 146; R. E. Brown, *Introducción al Nuevo Testamento I*, Madrid 2002, 286.

El Bautismo de Jesús marca el comienzo de su actividad pública; más adelante volveremos sobre este episodio. Notemos ahora solamente la solemne afirmación proveniente de los cielos con que concluye: «Éste es mi Hijo, el amado, en quien me he complacido» (3, 17). La revelación de la filiación divina de Jesús es presentada así como la base de su ministerio.

La Enseñanza de la Montaña, el primer gran discurso de Jesús (5-7), está estructurada en torno a la figura del Padre celestial²⁰. Jesús habla de él a sus discípulos como «vuestro Padre», excepto en 7, 21, donde por vez primera en el Evangelio se refiere a él como «mi Padre»: «No todo el que me diga: ‘Señor, Señor’, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial». Esta voluntad del Padre se revela en las palabras de Jesús (cf. 7, 24)²¹; la autoridad que las caracteriza (cf. 7, 29) deriva de su propia condición. Jesús es el Maestro autorizado porque es el Hijo de Dios²².

En el discurso misional hallamos también algunas afirmaciones de Jesús que apuntan a su relación filial con Dios. «Al que me confiese ante los hombres, lo confesaré también yo ante mi Padre de los cielos; y al que me niegue ante los hombres, también yo lo negaré ante mi Padre de los cielos» (10, 32-33); Jesús aparece como mediador exclusivo ante Dios, que es «su Padre». Más adelante leemos: «el que os acoge, a mí me acoge; y el que me acoge a mí, acoge al que me envió», es decir, de nuevo al Padre (10, 40). Estas instrucciones misionales revelan una relación entre Jesús y el Padre de la que no disfruta ningún otro ser humano²³. El que envía es el Hijo de Dios, capaz por ello de prometer la salvación al que confiese su nombre (cf. 10, 22).

Durante la actividad galilea de Jesús hay un pasaje de máxima relevancia teológica: la solemne declaración que hallamos al final del capítulo 11. Allí Jesús dirige al Padre su solemne acción de gracias (Mt 11, 25-26; Lc 10, 21-22). Después declara: «Todo me fue entregado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre lo conoce nadie sino el Hijo y aquel a quien quiera el Hijo revelarlo» (11, 27). Hablando de sí mismo en tercera persona —como, por lo demás, es también característico de Jesús cuando se presenta como «Hijo del Hombre»— se denomina «el Hijo». La relación de Jesús con Dios es la de un hijo con su padre. Por una parte, idéntica naturaleza y dignidad (que se manifiestan en un mutuo «conocimiento» total y único)²⁴; por otra, plena conciencia

20. Literariamente el pasaje central es el Padre Nuestro: L. Sánchez Navarro, *La Enseñanza de la Montaña. Comentario contextual a Mateo 5-7*, Estella 2005, 113-114.

21. Sánchez Navarro, *La Enseñanza de la Montaña*, 168-169.

22. «He does not proclaim the sermon as a great prophet, or even as a new Moses, but as the messianic Son of God who enjoys an intimate knowledge of God's will (see 11:25-27) [...] The one who proclaims the sermon knows the fullest meaning of God's will, for he is God's messianic Son»: Matera, *New Testament Theology*, 32-33.

23. Matera, *New Testament Theology*, 35.

24. Esta idéntica dignidad entre padre e hijo está en la base de las palabras del dueño de la viña en la parábola de los viñadores homicidas: aunque estos han despreciado a los siervos

de haberlo recibido todo de él²⁵. La íntima comunión filial es a la vez relación de dependencia; el respetuoso reconocimiento de la complacencia de su Padre en 11, 26 confirma esta realidad²⁶. Filiación y sumisión van íntimamente unidas²⁷. Notemos que este pasaje es estructuralmente importante, pues está en conexión literaria con 16, 17 y con 28, 18, dos pasajes estratégicos en la narración.

Más tarde, tras la primera multiplicación de los panes, Jesús sale al encuentro de sus discípulos caminando sobre el lago y salva de hundirse en él al dubitativo Pedro; entonces los discípulos exclaman asombrados: «Verdaderamente eres Hijo de Dios» (14, 33). Es la primera vez que confiesan la filiación divina de Jesús; sin paralelo en los otros sinópticos²⁸, esta declaración manifiesta cómo se va abriendo paso en su mente la peculiar condición de Jesús²⁹.

Esto se hace evidente en Cesarea de Filipo. Jesús pregunta a sus discípulos: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» (16, 15); Pedro le responde: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo» (16, 16). A diferencia del episodio en el lago, ahora no precede un signo prodigioso, por lo que la confesión de Pedro aparece como el fruto de una convicción interior y no de una impresión pasajera³⁰. La comparación sinóptica pone de relieve, una vez más, la particularidad de Mateo: tanto en Mc 8, 29 («tú eres el Cristo») como en Lc 9, 20 («el Cristo de Dios») se afirma sólo el mesianismo de Jesús, difiriendo la confesión de su filiación divina para otros momentos de la narración³¹. Mateo, sin embargo, la transmite en

enviados con anterioridad, está seguro de que «respetarán a mi hijo» (21, 37). Despreciar al hijo equivale a despreciarlo a él.

25. «Dios Padre ha transmitido al Hijo todo lo que es suyo. Y el Hijo ha recibido del Padre todo lo que le es propio y constituye su existencia como Hijo. [...] El Padre ha transmitido todo al Hijo, y no viceversa. Por eso el Hijo depende del Padre, no viceversa. En su dicho Jesús expresa la perfecta conciencia de su completa dependencia del Padre en todo. Así de modo eminente él se manifiesta como 'pobre de espíritu'. Cuanto mayor es el don, tanto mayor es la dependencia y la correspondiente pobreza de espíritu»: K. Stock, *Las bienaventuranzas de Mateo 5, 3-10 a la luz del comportamiento de Jesús*, Madrid 2004, 11.

26. L. Sánchez Navarro, «La complacencia del Padre (Mt 11,26)»: *EstBib* 59 (2001) 7-27.

27. Así entendidas, las palabras de 11, 27 no se contradicen con la declaración de Jesús acerca de su ignorancia sobre el día y la hora de su parusía (24, 36). Jesús, como Hijo, se somete a la voluntad del Padre en todo lo concerniente a su glorificación final. Ese sometimiento, traducido en «ignorancia reverencial», revela su filiación.

28. Marcos se limita a consignar el asombro e incomprensión de los discípulos (6, 51-52); Lucas no recoge este episodio.

29. «Thus the unfolding of the gospel has witnessed a growth in their knowledge, a growth which will reach its pre-Easter maturity in 16.16. In short, the disciples are beginning to catch up with the readers of the gospel»: Davies-Allison, *Matthew* II, 510.

30. W. D. Davies y D. C. Allison sugieren que el hecho de que en Mt haya dos confesiones de Jesús como Hijo de Dios (la segunda de la cual es presentada como si se tratara de una nueva comprensión) podría deberse a una imperfecta asimilación de sus fuentes: Davies-Allison, *Matthew* II, 621. Creemos no obstante que la narración evangélica ofrece elementos que manifiestan una progresión entre ellas.

31. En el Evangelio de Marcos ese momento llegará en la confesión del centurión (15, 39). Lucas reserva este título para el interrogatorio ante el Sanedrín (22, 70). Es de notar con todo

esta escena, final de la segunda parte de este Evangelio³²; y lo hace empleando una formulación única en el Nuevo Testamento: «Hijo del Dios vivo»³³. En Mt 16, 16, por tanto, el mesianismo de Jesús queda unido a su filiación divina, recibiendo así una interpretación trascendente. No es la única peculiaridad del episodio tal como lo testimonia el primer Evangelio, ya que sólo en él hallamos la «confesión de Jesús» en respuesta a las palabras de Pedro (16, 18-19). Previamente Jesús le dirige una bienaventuranza en la que manifiesta el origen divino de la confesión petrina (16, 17): el Padre, el único que conoce al Hijo y de quien procede toda revelación acerca de él (cf. 11, 27), ha manifestado a Pedro la verdadera identidad de Jesús.

Poco más adelante las palabras del Padre sobre Jesús transfigurado en la montaña manifiestan de nuevo su condición: «éste es mi Hijo, el amado, en el que me he complacido: escuchadlo» (17, 5). En el siguiente apartado indicaremos la relación de este versículo con el Bautismo de Jesús; señalemos ahora sólo la invitación apremiante del Padre: «Escuchadlo». Esta exhortación, no carente de un cierto dramatismo que preludia la pasión cada vez más cercana, manifiesta la causa por la que los discípulos han de escuchar a Jesús, es decir, han de obedecerle y dejarse instruir por él: porque es el Hijo de Dios. Lo que descubríamos en la Enseñanza de la Montaña se confirma ahora: su condición de Hijo fundamenta la enseñanza de Jesús, en la que el Padre se complace³⁴.

No menos importante es la filiación divina de Jesús en los capítulos finales del Evangelio. La pregunta del sumo sacerdote a Jesús durante el interrogatorio ante el Sanedrín tiene una decisiva importancia narrativa, ya que su respuesta desencadena la pasión. En este episodio queda patente el motivo por el que se condena a muerte a Jesús: ha blasfemado al afirmar que es Hijo de Dios de forma trascendente y única (26, 63-65). La pasión de Jesús es por tanto la pasión del Hijo. Frente al rechazo por parte del pueblo judío, Jesús será reconocido póstumamente como Hijo de Dios por el centurión y los soldados —paganos—, testigos de los prodigios que acompañan su muerte (27, 54). El resucitado, finalmente,

que algunos pasajes lucanos manifiestan una cierta identidad entre el Mesías y el Hijo de Dios (4, 41; 22, 67-70); el Códice de Beza y algunas versiones antiguas leen en Lc 9, 20 «el Cristo Hijo de Dios».

32. Según el modelo «marquiano»; cf. J. D. Kingsbury, *Matthew: Structure, Christology, Kingdom*, Philadelphia, PA 1975, 7-25; B. Bauer, *The Structure of Matthew's Gospel*, (JSNT.S 31), Sheffield 1988, 40-45.

33. Ὁ υἱὸς τοῦ θεοῦ τοῦ ζῶντος. «El Dios vivo» sólo vuelve a aparecer en 26, 63; en 22, 32 par. Jesús se refiere a Dios como un Dios «de vivos». M. J. Goodwin ha mostrado cómo «el Hijo del Dios vivo» en 16, 16 alude a Os 2, 1 LXX (υἱὸι θεοῦ ζῶντος), presentando así a Jesús como la encarnación del futuro Israel prometido en Oseas: M. J. Goodwin, «Hosea and 'the Son of the Living God' in Matthew 16:16b»: CBQ 67 (2005) 265-283. Cf. Os 11,1, en Mt 2, 15. Os 2, 1 es aludido también en Mt 5, 9 («serán llamados hijos de Dios»); ver Sánchez Navarro, *La Enseñanza de la Montaña*, 46.

34. L. Sánchez Navarro, «Complacencia y deseo del Padre»: EstBib 60 (2002) 31-50, aquí 39-42.

es el Hijo que revestido de toda autoridad envía a sus discípulos a hacer discípulos a todas las gentes «bautizándolos en el nombre del Padre y *del Hijo* y del Espíritu Santo» y garantiza su comunión perenne con ellos (28, 19-20).

Sirva este breve recorrido por el relato para mostrar la función que en él desempeña la filiación divina de Jesús. Podemos sintetizar diciendo que esta filiación, presente en momentos estratégicos (3, 17; 11, 27; 16, 16; 17, 5; 26, 63; 28, 19), está de tal manera entrelazada con la narración evangélica que representa su fundamento. El actuar de Jesús es comprensible, y su enseñanza tiene autoridad, porque es el Hijo de Dios. Sin este dato fundamental el Evangelio de Mateo carecería de coherencia y de sentido.

III. ¿CÓMO ES HIJO JESÚS? OBEDIENCIA Y FILIACIÓN

Una vez esbozada su función en el primer Evangelio, cabe ahora preguntarse: ¿cómo se interpreta la filiación divina de Jesús? Para responder acudimos a dos textos clave y relacionados entre sí: el Bautismo de Jesús (3, 17) y la séptima cita de cumplimiento (12, 17-21).

Tras el diálogo de Jesús con Juan el Bautista se oye una voz desde el cielo: «Éste es mi Hijo, el amado, en quien me he complacido» (3, 17). Estas palabras, de singular trascendencia pues en ellas Dios mismo confiesa la filiación divina de Jesús, evocan tres conocidos pasajes del Antiguo Testamento (Sal 2, 7; Is 42, 1; Gn 22, 2)³⁵, y se repiten literalmente en la Transfiguración (17, 5); tienen por todo ello singular importancia para nuestra cuestión. Su trasfondo veterotestamentario nos da la clave para comprender la filiación divina: el Mesías (Sal 2, 2) e Hijo de Dios (Sal 2, 7), Hijo único destinado al sacrificio (Gn 22, 2), es el Siervo de Yahvé (Is 42, 1); el evangelista refiere a Jesús el primer canto del Siervo y lo interpreta en clave de filiación. La filiación divina de Jesús Mesías adquiere en su humanidad, tal como denotan las palabras del Padre en 3, 17 y 17, 5, la forma de la obediencia y la humillación, la forma del siervo.

Ya en el capítulo 12 el segundo texto, claramente relacionado con las palabras del Bautismo y de la Transfiguración, confirma esta impresión. Se trata de la séptima cita de cumplimiento —la más extensa—, y reproduce el comienzo del primer canto del Siervo del libro de Isaías (Is 42, 1-4): «He ahí mi siervo, al que he elegido; mi amado, en el que se ha complacido mi alma. Pondré mi Espíritu sobre él, y anunciará el juicio a las naciones. No disputará, ni gritará, ni oírán nadie su voz en las plazas; la caña cascada no la quebrará, el pábilo vacilante no lo apagará, hasta que haga triunfar la justicia» (Mt 12, 17-21). Quien poco antes se ha descrito

35. Ver B. T. Viviano, «Matthew», en R. E. Brown, J. A. Fitzmyer y R. E. Murphy, *New Jerome Biblical Commentary*, Upper Saddle River, NJ 1990, 630-674, aquí 638.

como «manso y humilde de corazón» (11, 29) es ahora presentado como ese Siervo que «no disputará ni gritará, ni oírán su voz en las plazas» (12, 18)³⁶. Mateo, siguiendo en este punto a los LXX, no emplea la palabra *viós* (hijo) sino *παῖς*, que en la Biblia griega ocasionalmente se predica de un «hijo» (ver Pr 20, 7) pero que significa generalmente «siervo» (como el original hebreo עֶבֶד *'ēbed*)³⁷. En Mateo *παῖς* significa siempre «niño, muchacho» (2, 16; 17, 18; 21, 15) o «siervo» (8, 6.8.13; 14, 2), y no «hijo»; también en 12, 18. Pero aquí este «siervo» está interpretado en sentido filial mediante el adjetivo ἀγαπητός «amado», que apunta a la filiación única³⁸. De manera que el Siervo de quien estaba profetizado que recibiría el Espíritu es el Hijo único de Dios³⁹.

El Hijo de Dios es el Siervo de Yahvé; la conjunción de ambos conceptos manifiesta la comprensión de la filiación divina de Jesús en el Evangelio de Mateo⁴⁰. Filiación y servicio se iluminan mutuamente, como se aprecia en el discurrir de la narración. Igual que la condición de Jesús como Hijo de Dios da consistencia al Evangelio, el espíritu de servicio con que esta condición se manifiesta caracteriza su entera misión; las primeras palabras de Jesús en este Evangelio (3, 15) lo confirman⁴¹. También lo apreciamos en aquellos pasajes en los que parece cuestionarse esa misión.

1. *El Hijo de Dios tentado por Satanás* (4, 1-11)

Inmediatamente después de escuchar la voz del Padre (3, 17) Jesús es llevado al desierto por el Espíritu para ser tentado por el diablo (4, 1). Satanás pone a prueba su filiación, desafiándolo por dos veces: «Si eres Hijo de Dios...» (vv. 3 y 6). En las dos primeras tentaciones se empieza a manifestar cómo es la filiación divina de Jesús. No es un ser sobrehumano que se vale de poderes extraordinarios o de su singular condición para su be-

36. L. Sánchez Navarro, «*Venid a mí*» (Mt 11,28-30). *El discipulado, fundamento de la ética en Mateo*, Madrid 2004, 109-110.

37. Cf. Sánchez Navarro, «Complacencia y deseo del Padre», 36-37.

38. Cf. Gn 22, 2.12.16; Am 8, 10; Za 12, 10; Jr 6, 26; 31, 30. «Ayant déjà l'idée du choix, Mt. met ἀγαπητός —qui signifie presque fils unique, et qui équivaut à donner à παῖς le sens de fils— au lieu de ἐκλεκτός qui est bien le sens de l'hébreu, «mon élu»: M.-J. Lagrange, *Évangile selon Saint Matthieu*, Paris 1927³, 238-239.

39. Es de notar que, dentro del libro de Isaías, el oráculo de 61,1-9 está en relación de dependencia con 42, 1: J. M. Ábrego de Lacy, «La esperanza mesiánica en los libros proféticos: evolución y desarrollo»: *EstBib* 62 (2004) 411-433, aquí 429-430. El Ungido (= Mesías: Is 61, 1) es el Siervo que ha recibido el Espíritu (Is 42, 1).

40. «Jesus the Son of God is the chosen servant who proclaims justice to the nations»: Matterna, *New Testament Theology*, 36.

41. Mt 3, 15: «[...] Pero Jesús le respondió [a Juan]: «Permítelo por ahora; que así es conveniente que cumplamos toda justicia». Entonces se lo permite»; cf. L. Sánchez Navarro, «Jesús y las Escrituras: el testimonio de los Sinópticos», en *Vetus in Novo*, 71-101, aquí 73-76. «El Hijo de Dios es para Mateo [...] sobre todo el obediente y sumiso a la voluntad de Dios. Esta idea es tan importante para él que Mateo la reitera en la sección siguiente sobre las tentaciones como idea capital»: Luz, *El evangelio* I, 219.

neficio material (4, 3-4) ni para lograr una glorificación fácil ante los ojos de los hombres (4, 6-7). Al contrario: Jesús manifiesta su filiación divina sometándose a la voluntad del Padre tal como lo testimonia el libro del Deuteronomio⁴². En Mt 4, 4, a la luz de Dt 8, 3 («no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios»), Jesús aparece como el pobre de espíritu hambriento y sediento de justicia (cf. Mt 5, 6). En 4, 7 Jesús cita Dt 6, 16 («no tentarás al Señor tu Dios»), y así evoca el episodio de Masá y Meribá, donde la desconfianza de los israelitas puso a prueba a Yahvé (Ex 17, 1-7); con ello manifiesta su confianza humilde en la providencia del Padre, totalmente opuesta a la espectacular temeridad a la que pretende inducirlo Satanás. Finalmente, a la tercera tentación —ya descarada— Jesús responde tajante (Mt 4, 10) citando Dt 6, 13 («al Señor tu Dios adorarás, y sólo a él darás culto»), nueva formulación de los primeros mandamientos del Decálogo (Dt 5, 7-11)⁴³.

El Hijo de Dios no se presenta por tanto como quien viene a dominar o a imponer su voluntad, sino al contrario: como siervo que realiza su misión en cordial obediencia al designio del Padre. El recurso a la Escritura (γράφεται, «está escrito») manifiesta de forma significativa el deseo de someterse a este designio.

2. El primer anuncio de la pasión (16, 21-23)

Tras la confesión en Cesarea Jesús comienza a anunciar a los discípulos su ya cercana pasión, muerte y resurrección. Quien acaba de ser reconocido como «el Hijo del Dios vivo» (16, 16) manifiesta ahora su destino, un destino que no le ahorra el dolor y la muerte violenta e ignominiosa (16, 21). Ante estas palabras Pedro reacciona reprendiéndolo para que renuncie a esta suerte (16, 22). Y Jesús le dirige unas palabras semejantes a las que en el desierto dirigiera al diablo (4, 10), aplicando a Pedro su mismo nombre: «¡Vete en pos de mí, Satanás! Eres motivo de escándalo para mí, porque no piensas las cosas de Dios sino las de los hombres» (16, 23). A continuación pronuncia una enseñanza fundamental sobre el seguimiento (16, 24-28). Se trata, no de hacer la propia voluntad, sino de negarse a sí mismo; no de salvar la propia vida, sino de perderla. El camino del discípulo ha de conformarse al de su Maestro (cf. 10, 24-25). Notemos que en este anuncio de la pasión, como en los dos siguientes (17, 22-23; 20, 17-19), la suerte final que Jesús predice para sí coincide en sus líneas

42. «In each instance, Jesus shows that he is God's Son by his obedience to God's word»: Matera, *New Testament Theology*, 31.

43. La formulación de esta cita bíblica en Mt alude a Dt 5, 9. Dt 6,13 dice: «A Yahvé tu Dios temerás [φοβέομαι] y a él solo darás culto [λατρεύω]»; mientras que en Mt 4, 10 leemos: «Al Señor tu Dios adorarás [προσκυνέω] y a él solo darás culto [λατρεύω]». El verbo «adorar», ausente en Dt 6, 13, aparece en Dt 5, 9: «No las adorarás [las imágenes: προσκυνέω] ni les darás culto [λατρεύω]», así como en otros versículos de este libro que evocan el segundo mandamiento del Decálogo (Dt 8, 19; 11, 16; 17, 3; 29, 25; 30, 17).

generales con la del Siervo de Yahvé tal como se describe en el 4.º canto: pasión, muerte ignominiosa y resurrección (Is 52, 13-53, 12)⁴⁴.

3. *La misión del Hijo del Hombre* (20, 28)

Tras el tercer anuncio de la pasión, la audaz pretensión de los hijos de Zebedeo suscita entre los discípulos una acalorada discusión (20, 20-24). Jesús interviene para subrayar la diversa naturaleza de la autoridad en los reinos humanos y el Reino de los cielos: «El que quiera entre vosotros llegar a ser grande, que sea vuestro servidor (διάκονος); y el que quiera entre vosotros ser primero, que sea vuestro esclavo (δοῦλος)» (20, 26-27). Los discípulos han de seguir en ello el ejemplo de su Maestro: «Igual que el Hijo del Hombre no ha venido a ser servido sino a servir (διακονεῶ) y dar su vida en rescate por muchos» (20, 28). Es la única vez en que Jesús describe tan radicalmente su misión en términos de servicio. Estas palabras se pueden considerar una formulación condensada de su entera misión redentora (λύτρον «rescate»)⁴⁵, lo cual no hace sino confirmar la concepción que este Evangelio presenta de la filiación divina de Jesús⁴⁶. El Hijo de Dios es el Siervo. Pero este pasaje revela además en qué consiste el fundamental servicio realizado por el Hijo de Dios: «Dar su vida en rescate por muchos». Servir es entregar la vida; esta es la misión propia del Hijo de Dios. Lo comprobaremos en la pasión.

4. *La oración en Getsemaní* (26, 39-42)

En un momento decisivo de la narración evangélica —cuando Jesús acepta definitivamente el «cáliz» de la pasión al que ya se refirió en 20, 22— Jesús ora al Padre; es la segunda vez que el Evangelio nos transmite la oración de Jesús⁴⁷. Este diálogo de íntima familiaridad (el vocativo *πάτερ μου* «Padre mío» se repite dos veces) manifiesta la profunda sumisión de Jesús a la voluntad del Padre del cielo. El solemne deseo de 26, 42, «hágase tu voluntad», reproducción exacta de la tercera petición del Padre Nuestro (6, 9), no hace sino subrayar su condición de Siervo, identificado ahora con el Siervo sufriente de Is 50 y 53. En la decisión con que Jesús asume la voluntad de su Padre descubrimos por tanto la más alta manifestación de su conciencia filial.

44. Cf. Gomá Civit, *El evangelio* II, 131.

45. En efecto, estas palabras evocan el significado del nombre de Jesús («porque él salvará a su pueblo de sus pecados»: 1, 21) y la institución de la Eucaristía («[...] mi sangre de la Alianza derramada *por muchos* para el perdón de los pecados»: 26, 28). Ambos pasajes sintetizan la misión de Jesús.

46. «Because he is the Son of God, Jesus can say that the Son of Man came to give his life as a ransom for many (20:28), thereby recalling the purpose of his mission: to save his people from their sins (1:21)»: Matera, *New Testament Theology*, 40.

47. Cf. P. Marecek, *La preghiera di Gesù nel Vangelo di Matteo*, Roma 2000, 59-109.

5. *El prendimiento* (26, 47-56)

Poco después Jesús volverá a manifestar su peculiar forma de ser Hijo de Dios, que se traduce en obediencia y no en dominio, cuando le dice al discípulo que pretende salvarlo del prendimiento por la espada: «¿Es que crees que no puedo pedirlo a mi Padre, y al punto pondrá a mi disposición más de doce legiones de ángeles?» (26, 53). En estas palabras, que en cierto modo evocan la segunda tentación del desierto (4, 6), queda patente el deseo de Jesús de aceptar coherentemente la forma de siervo hasta el final⁴⁸. No solicita un prodigio al Padre que lo libere de la amenaza que se cierne sobre él: acepta su propio destino tal como lo describen las Escrituras (26, 54.56)⁴⁹; es decir, como Mesías sufriente (cf. Lc 24, 26).

6. *La crucifixión* (27, 38-44)

Mientras Jesús pende de la cruz, los viandantes —evocando una vez más las tentaciones iniciales de Satanás (4, 3.6)— lo provocarán cuestionando el aspecto central de la revelación de Jesús (cf. 26, 63-64), es decir, su filiación divina: «Tú que destruyes el templo y lo reconstruyes en tres días, sálvate a ti mismo, si eres Hijo de Dios, y baja de la cruz» (27, 40). Es difícil imaginar una negación tan flagrante del resto del Evangelio; su muerte ignominiosa parece desmentir la complacencia que el Padre tiene en su Hijo, tal como indican los sumos sacerdotes, escribas y ancianos con su burlona referencia al salmo 22, 9: «*Ha confiado en Dios: ¡que lo salve ahora, si es que lo quiere!*» Pues él dijo: «soy Hijo de Dios» (27, 43)⁵⁰. Pero Jesús manifiesta su condición de Hijo, precisamente, en su obediencia al Padre, que lo lleva a un aparente fracaso⁵¹; lo que queda oculto a los dirigentes del pueblo se manifiesta a los gentiles, como revela el centurión al exclamar: «verdaderamente este era Hijo de Dios» (27, 54). Por eso, al tercer día, el Padre lo resucitará (cf. Is 53, 10-12)⁵².

48. «Jésus résiste à la dernière tentation identique à la première: devenir un dieu à contre-image de l'homme, un «fils de Dieu» à la manière des Empereurs romains»: Cuvillier, «Filiation humaine et filiation divine», 83.

49. Cf. Sánchez Navarro, «Jesús y las Escrituras», 77-78.

50. Cf. Sánchez Navarro, «Complacencia y deseo del Padre», 46-47.

51. «But just as Jesus, the new Israel, refused to trust in his own power while in the wilderness, so the obedient Son of God refuses to save himself by descending from the cross»: Matera, *New Testament Theology*, 43.

52. Di Paolo, *Il Servo di Dio porta il diritto alle nazioni*, 237 muestra la relación entre Mt 12, 17-21 e Is 53, 11-12.

IV. CONCLUSIÓN: JESUCRISTO, HIJO DE DIOS Y SIERVO DE YAHVÉ

En el recorrido precedente, tras distinguir la doble filiación de Jesús, hemos comprobado que su identidad profunda le viene dada por su condición de Hijo de Dios, a la que apunta su misma filiación humana. Esto se traduce en la importancia narrativa que tiene la presentación de Jesús como Hijo de Dios, y que se manifiesta en los momentos clave; de manera que si prescindiéramos de este dato el relato evangélico resultaría incoherente y por tanto ininteligible. Una consideración de los principales textos en que Jesús aparece como Hijo manifiesta que esta condición se manifiesta en el servicio, sobre el trasfondo de los cantos sobre el Siervo de Yahvé del libro de Isaías. Para Jesús, según testimonia el Evangelio de Mateo, ser Hijo único de Dios significa ser siervo, asumir con obediencia y de todo corazón la voluntad del Padre para realizar su plan de salvación; esto conlleva el servicio supremo: la entrega de su vida. Así Jesús traduce en su humanidad su condición trascendente de Hijo de Dios, que todo lo ha recibido de su Padre (11, 27). De manera que podemos afirmar que en el primer Evangelio Jesucristo, el Hijo de Dios, es el Siervo de Yahvé, el Mesías sufriente que da su vida en rescate por muchos.